

Mamá Reía También

A Ros Pirosanto

Lo habíamos esperado mucho. Los primeros días esperábamos que se abriera la puerta y apareciera él. Pero con el tiempo la vuelta de papá dejó de ser lo más importante. Una tarde, a fines del invierno, apareció con una canasta: preguntó por mamá y la dejó sobre la mesa del comedor.

Nosotras corrimos a cambiarnos los vestidos, a pasarnos el peine y hasta lavarnos la cara. Suponíamos que la llegada de papá era una fiesta que nos incluía. Odina, se puso un vestido claro que la hacía parecer más gorda. Isolda e Italia eran las más chicas, apenas alcanzaban a ver sobre el borde de la mesa, yo era la del medio; mamá se acercó y papá no dijo nada. Nadie decía nada; todas mirábamos la canasta. Cuando mamá la abrió, comenzó a reírse. Reía de una forma tan contagiosa que nosotras también reímos. Ninguna entendía nada, pero si mamá reía era porque todo estaba bien.

Papá volvió a marcharse. Esta vez no lo esperamos. Ninguna de nosotras lo recordó durante mucho tiempo. Mientras tanto crecimos y mamá enfermó. Un año después, cuando murió mamá, volvimos a verlo. Estábamos solas junto a unos vecinos, más o menos piadosos, que ofrecieron sus casas para que nos quedáramos. Pero él dijo que, el lugar de las hijas, en momentos tan tristes, era junto a su padre. Así que nos quedaríamos en la casa porque ese era nuestro hogar.

Cuando volvimos del cementerio papá fumaba en la puerta de la casa. En medio del patio la ropa de mamá ardía. Nos paramos alrededor del fuego. Odina, con los pómulos enrojecidos como si las llamas salieran de su cara, empezó a reír y todas reímos. Cuando anocheció y ya no quedaban brasas, continuamos riendo.

Cuando entramos la canasta estaba sobre la mesa, como si nunca se hubiera movido de allí. Italia la abrió empezó a reír y todas reímos. Nunca supimos por qué había muerto mamá, pero a partir de ese día tuvimos que arreglarnos solas. Hacíamos lo que Odina decía y como ella era la que siempre empezaba a reír, todas nos reíamos con ella y era como si mamá estuviera allí.

Un día Odina y yo decidimos ver a nuestro padre. Ese día me di cuenta que Odina seguía engordando y cuando respiraba parecía necesitar todo el aire del mundo. Llegamos al hotel y yo tuve miedo de saber sobre la vida de mi padre así que preferí quedarme en la habitación. Cuando ella volvió dijo que la persona que habíamos ido a buscar no existía. Todo había sido una confusión de nombres. Entonces decidimos romper todos los papeles y no pensar más en esas cosas. Yo siempre me pregunté si Odina se habrá reído esa vez. Aunque creo que para poder reírnos era necesario que estuviéramos juntas.

La próxima noticia de papá fue su muerte. No nos causó gracia, pero reímos. Siempre estuvimos juntas, riendo. Riendo siempre. Cuando papá murió nos entregaron algunos papeles y fotografías que no nos decían nada. Las quemamos junto con su ropa, como él había hecho con las cosas de mamá.

Cuando volvimos a casa estábamos contentas y nos reíamos por cualquier cosa. En los años siguientes Odina siguió engordando y cada vez que reía, su cuerpo se sacudía entre gemidos y ahogos. Isolda murió cuando tenía cuarenta y dos años. Un día comenzó a sentir dolores en el estómago y a bajar de peso. No alcanzamos a llevarla al médico. Murió en menos de un mes. Cuando la sepultamos, era tan pequeña que parecía una muñeca. Pero ella parecía sonreír. Todas reímos y continuamos riendo, porque sabíamos que ella también estaría haciéndolo. Italia se puso muy triste. Por primera vez nos dejó solas y desde ese momento, casi no nos dirigió la palabra. Salía y no quería que nadie la acompañara. Extrañaba mucho a Isolda.

Italia se perdió en pleno invierno y los perros la encontraron al verano siguiente debajo de unas matas. Tenía la cara medio comida por los zorros. Ese día no reímos. Nosotras reímos en el velorio porque ella también se reía, con la risa endurecida por la muerte, en la media cara que los zorros no se habían animado a comer.

En el invierno de los ochenta Odina no pudo levantarse de la cama, estaba muy gorda. Me pidió la canasta y cuando la abrió empezó a reír; yo no pude contenerme y reímos juntas. Estuvimos toda la tarde muertas de risa.

Ella Era Un Ángel

A Tiya, Titi y la nena

—¿Ella es un ángel?
—No preguntes pavadas
—Es un ángel
—No.
—¿Cuántos años tiene?
—Qué sé yo. ¡Cómo cien!
—Los ángeles no tienen edad.
—¿Ella es buena?
—Sí, por lo menos no molesta a nadie; se la pasa cortando papelitos.
—¿Los ángeles son buenos?
—También hay ángeles de mierda.
—A veces parece que nos quiere.
—Es que los ángeles no son siempre buenos.
—Pero ella nunca está enojada,
—Ni contenta.
—Siempre está igual.
—Encerrada en el departamento.
—Cortando papelitos.

—Comiendo lo mismo.
—¿Los ángeles vuelan?
—Me parece que sí.
—Entonces ella no es un ángel. No tiene alas.
—No tiene alas, pero es un ángel.
—Pero no vuela.
—¡Si vuela!
—Ella es un ángel porque siempre estuvo aquí.
—Estuvo antes nosotras nacióramos.
—Ella debe saberlo todo.
—Pero igual ella no se acuerda de nada.
—Ella no puede volar.
—¡Sí, vuela!
—No.
—Yo la vi volar. Una vez se acercó a la ventana y cuando creía que yo no la miraba voló hasta el río. Después volvió de lo más contenta y se sentó a cortar papelitos.
—¿Cuándo fue eso?
—No me acuerdo bien, yo era más chica.
—¿Y por qué no me lo contaste?
—Y porque no me ibas a creer.
—Ahora tampoco te lo creo.
—Hagámosla volar.
—¿Y si no quiere?
—Acerquémosla a la ventana.
—Bueno.
—Abrí la ventana para que le dé el sol.
—¿Y eso que tiene que ver?
—Si le da el sol y el aire le pueden venir ganas de volar.
—¿Y si la sacamos al balcón?
—No hay nada de viento.
—A lo mejor sin viento no vuela.
—Ayudémosla a subir a la baranda.
—No, así no, mirando hacia el río para que le vengan ganas de volar.
—¿Y si no quiere volar?
—Esperemos a ver qué pasa.
—Es capaz de estar todo el día quieta sin hacer nada.
—Yo me aburro.
—Vos siempre te aburrís.
—Hagamos algo divertido.
—¡Está moviendo los brazos como si fueran alas!
—¡Así, así que no pare!
—¿Saltó?
—No saltó. Voló.
—Esperemos que vuelva.
—Debe haber volado hasta el río.
—A lo mejor no vuelve.
—Yo me aburro.
—Voló hasta el río.
—No voló.
—Estoy aburrída.
—Hagamos volar a mamá.

El Pozo

A mi papá

El hombre que cavaba un pozo trazó con su pala un círculo casi perfecto y emparejó la tierra dentro de la marca. Era una mañana muy fría y la tierra estaba congelada; cuando salimos del colegio, las rodillas del hombre habían desaparecido. Al otro día temprano saltó dentro del pozo y quedó su cabeza afuera.

A la mañana siguiente no lo vi. ¿Cómo volvería a su casa? Tal vez durmiera dentro del pozo. Algunas personas miraron el hueco oscuro. Del hombre nadie sabía nada. En la tarde lo vieron salir con una boina negra, sucia de tierra y un overol azul. Trepó por unos agujeros hechos en los costados, apoyando una pierna a cada lado e impulsándose hacia arriba.

Los gringos tenían dos debilidades: los perros y los autos. Eran tres hermanos. El padre era mecánico y convivían todos entre lealtades, peleas, autos a medio desarmar y perros de cualquier raza.

Sobre el mediodía alguien comentó que un hombre cavaba un pozo. A esa hora probablemente estarían presentes en el taller algunos desocupados, viajantes o trabajadores por cuenta propia. Los menos estaban allí por casualidad y presenciaron la pelea de los hermanos, que empezó con una discusión por los perros. El menor le tiró una llave y el mayor, al que llamaban "el tierno" le sacó el hombro derecho de una trompada que le erró a la cabeza.

Cuando lograron separarlos, los hermanos volvieron a sus trabajos sin rencores. Ellos podrían asesinar pero nunca se odiarían. Entonces alguien dijo:

—En la calle diez y veintitrés hay un tipo cavando un pozo.

En la tarde se habían juntado más cien personas y decían que el tipo reunía más gente que una asamblea del senador.

—¿Qué buscará?

—¿Para qué es ese pozo? —preguntaban.

En la mañana preparó sus cosas, esta vez llevaba una sogá, con la que bajó primero sus herramientas y un balde cubierto con un repasador que tenía dibujados panes dorados y faisanes rojos. "El tierno" dijo que el tipo era un loco curado con cebollas.

—¿Con cebollas?

—Sí, como era muy peligroso lo encerraron en un pozo con una bolsa de cebollas y agua, un mes después salió sano.

—Sólo un loco se pone a cavar un pozo sin saber para qué lo hace.

—Y menos trabajar gratis.

—¡Ni comer una bolsa de cebollas!

—Algo buscará.

—A lo mejor un tesoro enterrado.

—Mi viejo dice que esas son huevadas. No hay tesoros enterrados. Los únicos tesoros son de los ricos.

Al tercer día, el hombre seguía cavando.

—Algo debe buscar.

—¡Ya debe llevar cavados muchos metros!

—Hace varios días que no sale.

—¿A quién se le ocurre cavar, sin sacar nada más que piedras?

Pasó una semana y ninguno sabía si el hombre estaba adentro o afuera del pozo

—¿Entró hoy?

—Salió ayer, pero nadie lo vio bajar.

—Lo vieron por la tarde; ¡tal vez busca agua!

—Claro, agua, pero va ser difícil que la encuentre en este pedregal.

—Desde aquí arriba no se ve nada.

—Lo mejor es probar con un espejo —dijeron—. Alguien trajo un espejo y alumbró, reflejando un rayo de sol hacia el fondo.

—¡No se ve nada!

—¿Al hombre tampoco...?

—Nada. Solo la oscuridad.



Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
www.edicionesdesmesura.com
N°183 - Año XI- Octubre de 2023
San Carlos de Bariloche



AQUILINO ELPIDIO ISLA

CUENTOS

MAMÁ REÍA TAMBIEN
ELLA ERA UN ÁNGEL
EL POZO

S. C. de Bariloche

183

Octubre 2023